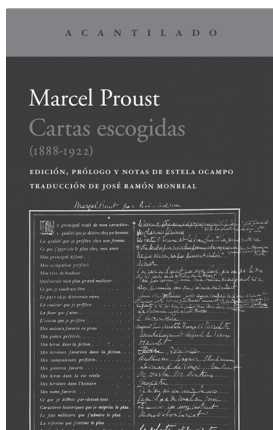


perceptible nos ayuda a recorrer el episodio del Cantón en sus diversas facetas a la par que conocer a unos protagonistas que hasta ahora permanecían en silencio.

Con todo ello, Moisand consigue revisitar la Historia del Cantón de Cartagena en su 150 aniversario. Su obra ayuda a visibilizar protagonistas individuales y colectivos hasta entonces no detallados en la historiografía sobre el cantonalismo español y olvidados por la memoria de las revoluciones sociales y obreras. Aquellos marineros, quintos, trabajadores del arsenal, presidiarios, solteras, prostitutas, las Hermanas de la Caridad o la Cruz Roja; espacio donde algunos de ellos vieron su redención en la Federación española o el lugar donde morir en su defensa. Una memoria recuperada de la que posiblemente fue la última de las revoluciones decimonónicas.

PROUST, M., *Cartas escogidas (1888-1922)*, Barcelona, Acantilado, 2023, 496 pp.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears – IEHM



Como podemos leer en el esclarecedor prólogo de Estela Ocampo: «Proust no escribió diarios, ni dietarios ni memorias. Sin embargo, era un escritor sumamente reflexivo que poseía un pensamiento propio acerca del arte y la cultura, de la sociedad y la historia, de la psicología humana y los sentimientos. La mayoría de sus ideas se encuentran transmutadas en su literatura, en las acciones o los pensamientos de sus personajes, pero existe también otro camino real para llegar a la médula de su pensamiento: su correspondencia». En efecto, a continuación se nos indica que «es una obra monumental, de más de seis mil cartas, dirigidas a todo tipo de correspondientes: familiares, amantes y amigos, otros escritores, editores y críticos, personajes de la sociedad de su momento. Las cartas permiten reconstruir una autobiografía espiritual que en otros escritores está plasmada en unas memorias» (p. 7).

Este párrafo condensa perfectamente el contenido del libro: a través de una inteligente selección de las cartas de Proust, el lector puede hacerse una idea cabal no solo de su pensamiento, sino también de la relación que el autor tuvo con su familia, sus amigos y sus editores. Comparecen el talento, la sensibilidad, la hipocondría, las alusiones veladas y reiteradas a sus encuentros homosexuales, así como también el mundo privilegiado en el que vivió, en un París en plena efervescencia cultural y artística.

París y Viena se disputaban, en los años en que Proust escribió estas cartas, la supremacía intelectual de Europa. En sus cartas, el escritor francés da muestra de una exquisita sensibilidad, de conocer a lo más granado de la sociedad y de ser, en definitiva, una de las estrellas del firmamento de la *Cité*. No es para menos, en ellas desfilan personajes de lo más variopinto, que se relacionan con un personaje sutil y amanerado, orgulloso y, hasta cierto punto, pedante. Pero Proust estaba convencido de hacer literatura y de hacer historia, de ser él mismo no un personaje de sus obras, sino el arquitecto, el *Deus ex machina* capaz de juzgar *sub specie aeternitatis* a sus contemporáneos.

Ha dicho la crítica una y otra vez que en pocos artistas se funden tanto la vida y la obra. El lector de estas cartas entenderá no solo el carácter de muchos de los personajes que se encuentran en su magna obra *En busca del tiempo perdido*, sino también su capacidad de elevar lo cotidiano a literatura. A veces, leyendo la obra de Proust, asalta la duda y sobrevuela la pregunta: ¿de dónde salen aquellos aristócratas decadentes y aquella burguesía ensimismada? Tras leer las cartas se confirma claramente: de la misma manera que Debussy y Ravel, tras un proceso de depuración y maduración, convirtieron en sonidos su realidad circundante, Proust elevó a literatura a sus amigos, conocidos y vecinos, deformando, exagerando y mezclando sus rasgos más prominentes.

En las miles de cartas que envió y recibió, que perdió y tuvo que reescribir, se conoce al Proust más cercano. El registro y el estilo, aun cuando escribiera a vuelapluma, muestra un sello inconfundible, capaz de abarcar temas de lo más variopinto, en el que se amalgaman recuerdos y confesiones íntimas, valoraciones sobre obras musicales, impresiones sobre lecturas, confidencias a sus amantes, preparativos de viajes, comentarios acerca de su salud, negociaciones (a menudo arduas) con sus editores o también comentarios sobre la actualidad política, e incluso un esbozo de sus ideas filosóficas.

El libro recoge una selección de doscientas cartas organizadas temáticamente. La primera parte abarca el mundo sentimental de Proust, con especial atención a su familia y a su venerada madre, así como a sus relaciones amorosas (siempre complejas) y a la correspondencia con algunos de sus amigos más estimados. La segunda parte se titula «Proust de puertas adentro», y nos muestra algunas de sus facetas más íntimas. La tercera se intitula «Proust en el mundo», que también hubiera podido recibir la denominación «Proust de puertas hacia fuera», con comentarios sobre historia, filosofía y sociología. La cuarta parte, «Proust sobre el arte», tal vez la más enjundiosa, distingue entre la literatura, la pintura y la música; mientras que la última, que será la predilecta de los admiradores de *En busca del tiempo perdido*, recoge las cartas acerca de su obra, tanto a editores como a comentaristas de ciertos pasajes.

En el universo proustiano cada lector tiene sus veleidades, y lo que subrayaría cada uno es diferente. Como indica Estela Ocampo, «cada carta tiene no solamente un tema de interés que comparte con el destinatario, sino también un estilo tan acorde que es posible adivinar el destinatario por el estilo» (p. 8). Desde un punto de vista personal, más allá de los comentarios acerca de su obra, la deliciosa correspondencia con Reynaldo Hahn y muchos otros elementos interesantes, destacaría la firmeza de la voz de Proust en materia política y artística: su claridad de ideas, su juicio ponderado, aunque insobornable, al referirse no solo a escritores y a músicos (¡cuántas veces habré relacionado mentalmente a Proust con Franck y Fauré, sin haber tenido conocimiento los juicios que se contienen en las cartas!), sino también en materia política (se puede seguir el *affaire* Dreyfus, aunque también su matizada opinión acerca de la ley de separación de la Iglesia y el Estado de 1905).

Proust se disculpa, en diversas misivas, de su torpeza en el estilo, de haber perdido la correspondencia, de escribir menos de lo que quisiera... Se mezcla la verdad y la cortesía, en una «literaturización» de la vida, un juego que el propio escritor francés propició y que luego se convirtió en su realidad cotidiana.

La edición de Estela Ocampo es muy correcta, con un prólogo esclarecedor y un conjunto de notas que resulta suficiente para la intelección de los textos. El índice onomástico final es excelente y utilísimo para el lector *amateur*. La traducción de José Ramón Monreal – experimentada y eficaz – es, como siempre, de agradable lectura, y respeta perfectamente el espíritu proustiano. Se trata, en fin, de un notable acierto, que merece la recomendación a todas las personas interesadas en el mundo de la literatura y del arte.